

■ Columna

El rol del azar y el éxito agropecuario

por Gonzalo Gutiérrez (*)

A los agrónomos que estudiamos en Uruguay en la década de los 90 se nos enseñaba que la época de oro del país agropecuario habían sido las desgracias foráneas, sobre todo las guerras. Esa fue la época donde todo valía. Luego llegó el 98, año de precios récord de los granos que hizo la suerte de bálsamo para una agricultura de secano que venía muy castigada por baja rentabilidad y precios deprimidos. Pero la alegría duró poco y en el 99 el castillo de precios se quedó en sal y agua, junto con muchas deudas con el sector financiero público.

Hoy todo ha cambiado. En el 2013 la agricultura, que apenas 10 años antes languidecía por falta de rentabilidad, tiene otra cara totalmente distinta. Esta vez nos tocó presenciar una guerra sin balas y sin sangre. Fuimos bendecidos por estar en la zona del mundo que produce la estrella de la agricultura, que es la soja.

Ahora bien, aparte de los ya consabidos análisis sobre la demanda internacional, la injerencia de la especulación financiera en los productos básicos y algunas otras tragedias ajenas del lado productivo, no hay mucho análisis sobre si el éxito que disfrutamos a nivel de las empresas agrícolas se debe realmente al talento empresarial o a que hemos sido testigos de una secuencia poco frecuente de eventos raros de mercado y tuvimos mucha suerte al momento de vender nuestros productos.

El rol del azar o simplemente el tener suerte en la vida no es un factor muy considerado en los análisis empresariales (cuando menos en el agro). El asesor hurga en los datos que explican el resultado físico (que domina), pero no se cuestiona demasiado por ser igual de meticuloso en el análisis de su comercialización: si vendió en el momento correcto, si ponderó de forma justa los eventos de mercado que enfrentaba y, sobre todo, si logró los objetivos que se impuso la empresa en materia de resultados frente a sus inversiones en cultivos. Esto es peligroso en rubros donde la variación interanual de precios frecuentemente llega al 30% y en momentos donde se pone violento llega al 60% en plazos muy cortos. Cuando se interroga a un agricultor en general se cuentan las buenas y se esconden las malas decisiones. Y cuando se comentan las malas decisiones, es raro que exista un análisis autocrítico de decir qué fue lo que hice mal y cómo hago para

no caer en el mismo error en el futuro. Esto no es nuevo; la academia hace tiempo validó que la memoria es de corto plazo y selectiva.

El punto es que hay que ser más rigurosos en el análisis de qué fue lo que pasó y sobre todo pensar en cómo nos puede pesar en el futuro. Para muestra basta un botón: en abril y mayo de este año nadie pensaba que los Estados Unidos podían sembrar maíz por el clima y lo lograron. Hoy tienen la cosecha más grande de la historia, mandando el precio al mínimo de los últimos tres años. En soja, los precios llegaron en agosto a su máximo anual y de ahí en más cayeron la friolera de U\$S 137 por tonelada... en dos meses. En el agro pasa (con más frecuencia que lo habitual para otros sectores) que ocurra lo impensado: una sequía fulminante o un clima que funciona como un reloj y genera

En el agro pasa —con más frecuencia que lo habitual para otros sectores— que ocurra lo impensado: una sequía fulminante o un clima que funciona como un reloj y genera un shock de oferta.

Queda políticamente incorrecto decir que lo que explica el resultado es que tuve suerte en lo que hacía porque opaca la capacidad del empresario. La realidad a uno lo pone luego en su lugar

un shock de oferta. ¿Cuánto de los precios de soja del pasado fueron por eventos extremos (sequías históricas), especulación financiera desenfrenada o mayor demanda? Si no analizamos cuánto de eso es razonablemente replicable en el futuro y lo ponderamos de forma justa, no vamos a conocer el tamaño de nuestra suerte.

Es duro asumir que parte del éxito es porque tuvimos suerte. Queda políticamente incorrecto decir que lo que explica el resultado es que tuve suerte en lo que hacía, porque opaca la capacidad del empresario. La realidad a uno lo pone luego en su lugar. El problema es cómo se procesan esos eventos pensando en la planificación futura, contando las ganadas y las perdidas. En el campo somos agentes que tomamos decisiones cuyo efecto veremos en el futuro (a seis meses como mínimo) basados en información imperfecta e incompleta respecto del futuro. Abunda el concepto de "a mí me parece que" y nadie se hace cargo cuando la conciencia nos traiciona y nos hizo tomar una mala decisión. La culpa siempre es de otro. Sería bueno empezar a pensar que la suerte juega (en todo en la vida) y que mucho de lo que disfrutamos hoy es producto de una buena racha ganadora.

(*) El autor es ingeniero agrónomo (Dr), asesor privado y profesor de Agronegocios en la Facultad de Agronomía de la Universidad de la República y la Universidad ORT